

Pocas son por desgracia y no completas las obras de este cordobés ilustre, que han llegado hasta nosotros: sólo á la gran solitud de Marco Ánneo son debidos algunos fragmentos de sus *Declamaciones*, insertos en las *Suasorias* y *Controversias*, donde vemos confirmado el juicio de Séneca, resaltando en todos ellos cierta aspereza y excesiva fuerza de expresion, hijas sin duda del vigoroso y libre espíritu de Porcio. Pero esta circunstancia, que pasaria acaso inapercibida respecto de otros oradores latinos, debe tenerse muy presente, cuando se trata de ingenios españoles: aquella ostentacion de indomable independenciam, aquella nativa altivez, que tildó sin duda Ciceron en los poetas de Metelo, y que se descubren tambien en estos primeros cultivadores de las letras latinas, consecuencia legitima son del carácter nacional; y no solamente darán vida y color á todas las producciones de nuestros poetas bajo el imperio de los Césares, sino que dominando exclusivamente á la musa española, van á infundir nuevo ser á la poesia decadente de Roma. Hé aquí por qué los fragmentos de las *Declamaciones* de Porcio tienen á nuestra vista más subido precio del que en otro caso pudiéramos atribuirles; y sin embargo justo es observar que este ilustre orador procuraba seguir las brillantes huellas de los grandes tribunos romanos, cuya escuela estaba destinada á desaparecer con la República.—Porcio Latron tuvo el sentimiento de presenciar esta catástrofe de la elocuencia, pasando de esta vida el año 750 de la fundacion de Roma, cuando contaba 55 de su edad, aquejado de una dolencia harto penosa, que le puso en el terrible trance de cortar el hilo de sus días <sup>1</sup>.

ban en el estilo, la accion y el gesto, sino que empleaban tambien cierta nociva pocion de cominos para lograr la palidez excesiva de su rostro. Esto prueba hasta qué punto se habia hecho célebre M. Porcio Latron, y demuestra cuán grande era la extravagancia de sus imitadores.

<sup>1</sup> Año 40 de la Era de Augusto. La enfermedad que padecia, segun se lee en el *Chronicon* de Eusebio (*Olimp. CXCIV*), eran *cuartanas dobles*, que le atormentaban sin tregua; siendo digno de notarse en la resolucion, que toma Porcio, para librarse de ellas, la semejanza que hasta en esto tiene con los principales ingenios españoles de esta remota edad. El hombre de espíritu fuerte y de levantado entendimiento, cedia pobre y miserablemente á los padecimientos corporales; y para ponerles término, apelaba al suicidio, que la doctrina estóica

No alcanzó por cierto menor nombradía entre los oradores romanos Junio Galion, cordobés tambien, y como Porcio, singular amigo de M. Ánneo Séneca <sup>1</sup>. Menciónale este en las *Suasorias* y *Controversias*, y tributándole largos elogios, pondera la profundidad y agudeza de su talento, exponiendo sus oportunos dichos y saludables sentencias. Llevado sin duda del afecto entrañable que le profesaba, llega á declararle *digno de la palma*, comparándole con los más hábiles declamadores, y aun poniéndole en competencia con Porcio. Sin duda Galion debia poseer grandes dotes oratorias, cuando demás de las alabanzas de Séneca, mereció tambien las de otros escritores no menos célebres, con quienes no le unian estrechos vínculos: llamóle Publio Papinio Estacio, que floreció en la córte de Domiciano, á fines ya del primer siglo de la Iglesia, *dulce entre los cordobeses ilustres*: concedióle Quintiliano *blandura en el decir*, cualidad que hubo de llevar al extremo, cayendo sin duda en tan reprehensible amaneramiento, que aquel respetado crítico se vió al cabo obligado á tildarle de floxo <sup>2</sup>. Este defecto condenaba tambien el profundo Tácito, declarando que «si perdido aquel género bonísimo y muy perfecto de elocuencia [el de los Hortensios y Cicerones] hubiera de elegirse manera de orar, quisiera mejor que los rodeos de Mecenas ó las suavidades de Galion, el impetu de C. Graco, ó la pesadez de L. Graso <sup>3</sup>.

iba ya poniendo de moda. Más adelante veremos á Lucio Anneo Séneca y á Lucano, aunque por diferente via y en distinta situacion, manifestar las mismas ideas y sentimientos.

<sup>1</sup> Tan entrañable y tierna fué la amistad de estos dos ingenios cordobeses que Junio Galion no vaciló en adoptar por hijo suyo á Novato, que lo era de Marco Ánneo.—De aquí provino el que, tomando el jóven el nombre de Galion, fuera Junio apellidado constantemente *Pater Gallio*, segun Quintiliano nos enseña.

<sup>2</sup> Lib. IX, cap. II.

<sup>3</sup> *De Oratoribus sive de caussis corruptae eloquentiae*. Este diálogo ha sido atribuido por respetables críticos, ya á Quintiliano, ya á Suetonio. Sin embargo, siguiendo nosotros la autoridad de los antiguos códices, atendiendo á las frecuentes alusiones que hace á sus coetáneos, al nervio y vigor de su estilo, á la profundidad de los pensamientos que en todo este libro resaltan, y siendo esta misma la opinion general de los críticos modernos, no hemos titubeado en designar á Tácito como autor de este elocuentísimo tratado.

Notable es por cierto encontrar en este orador de Córdoba tan peregrinos caracteres, desemejantes de todo punto de los que brillan en sus compatriotas, formando singular contraste con la aspereza y vehemencia de Porcio, á quien disputaba la gloria del triunfo. Mas esta desemejanza no se funda tanto en la diversidad de las facultades intelectuales de ambos declamadores como en su diferente educacion literaria. Mientras se niega Porcio al estudio de los griegos, Julio Galion, admirador decidido de aquella literatura, se consagra de lleno á imitarla; y deseando evitar los defectos de sus conciudadanos y la censura de los eruditos, cae en el extremo contrario, llegando sin duda á aparecer insipido, á fuerza de ser atildado y meloso. Para autorizar este egemplo y dar la clave de sus *Oraciones*, escribia despues un tratado de *Retórica*, obra citada por Quintiliano <sup>1</sup>, la cual no ha logrado trasmitirse á nuestros dias. Mas á pesar de su empeño, fué este libro de poca influencia en la suerte de las letras, no teniendo sus *Declamaciones* mejor fortuna: sin la diligencia de Marco Ánneo, que recogió en las obras ya citadas algunos fragmentos, sentencias y dichos agudos de Galion, sólo conoceria la posteridad el nombre de este español ilustre, tan celebrado por sus coetáneos <sup>2</sup>.

Igual desgracia tendria acaso Turrino Clodio, amigo y compatriota de Porcio Latron, á quien, segun afirma Séneca, dedicó alguna de sus oraciones. Llevado de la comun corriente, daba Turrino la preferencia al estudio de los clásicos griegos; y aunque no perdió del todo, como Junio Galion, el amor á la independencia y ruda energia de los cordobeses, mostróse inclinado á la imitacion, apartándose en esta forma del sistema inaugurado por el discípulo de Marilio. Faltábanle las altas dotes, que en este resplandecian, condicion que le obligaba de continuo á evitar aquellas solemnes pruebas de que salia acrisolada la fama de los grandes oradores; y sin embargo, apoyado su talento en el estudio, lograba

<sup>1</sup> De *Institutione oratorid*, lib. III, cap. I.

<sup>2</sup> Los principales fragmentos, dichos y sentencias de Galion se hallan en la *Controversia IX.*<sup>a</sup> del libro II y en la *Suasoria III.*<sup>a</sup>, no sin que brillen tambien los aciertos de su ingenio en otros pasajés de la compilacion de Marco Ánneo.

la estimacion de sus coetáneos, mereciendo ser retratado por la pluma de Marco Ánneo con estos significativos rasgos: «Jamás se aventuraba (escribe) á ilustrar casos árdusos y no sucedidos, ni á declamar de repente y sin prevencion alguna, como solia haberlo el mismo Porcio. Y no por falta de ingenio ni de erudicion; sino por su madurez excesiva, pues que ninguno proponia las *causas* con mayor tino, ni habia quien respondiese á ellas con tanta solidez y acierto. Y aunque por seguir las huellas de Apolodoro, á quien respetaba como único modelo de oradores, tenia perdido algo de su natural vigor y energia, conservaba aun lo necesario, haciéndose por su elocuencia acreedor á los bienes de fortuna y á la dignidad que habia alcanzado en las Españas <sup>1</sup>.» Turrino Clodio, cuya gloria como cultivador de la tribuna, heredaba un hijo suyo del mismo nombre, era tan estimado de Julio César, que al penetrar este caudillo por última vez en las regiones de la Bética al frente de sus victoriosas legiones, le honraba hospedándose en su propia morada, distinguiendo así no tanto lo ilustre de su extirpe como su reconocido talento. No olvidemos al recordar esta memorable distincion, que era César uno de los príncipes de la elocuencia romana.

No tan señalados como los declamadores referidos, aunque dignos tambien de estima, fueron Cornelio Hispano y Victor Estatorio, comprendidos ambos por Séneca en la brillante galeria de oradores latinos, que constituye sus *Controversias* y *Suasorias*. Háse dudado sin razon de la patria del primero, cuyas producciones, calificadas de óptimas por los antiguos gramáticos, merecen, aun conocidas sólo por los fragmentos que cita Marco Ánneo, el aprecio de los doctos <sup>2</sup>. Mas no puede abrigarse la mis-

<sup>1</sup> In *praefatione V.*<sup>a</sup> *Controversiarum*.

<sup>2</sup> Despues de publicados los trabajos de Ambrosio de Morales (*Crónica general de España*, lib. VI, cap. 6), y de Alfonso Garcia Matamoros (*De asserenda Hisp. eruditione*, pág. 43), no parecia posible poner en tela de juicio la veracidad de Marco Ánneo, quien le apellida siempre *español*. Don Nicolás Antonio (*Biblioth. Vet.*, t. I, lib. I, cap. 3) vacila sin embargo, sobre si lo fué de origen ó de nacimiento, conducta que siguieron los PP. Moledanos, manifestando la misma duda. «Nosótro, decian, dejaremos sin decidir esta controversia; y por la misma causa no extractaremos de Séneca todos los pasa-

ma duda respecto de Victor Estatorio, á quien designa Séneca con el nombre de paisano, denotando así que era también natural de Córdoba. Tampoco le tributa los elogios que prodiga á Cornelio; y sin embargo reconoce más de una vez sus claras dotes oratorias, bien que condenando con el duro epíteto de *necias* algunas de sus máximas, sentencias y doctrinas.

Más ilustres y afortunados, tanto por el brillo de su cuna como por su talento, ocupan en la historia literaria de nuestra patria puesto distinguido los gaditanos Balbos, de quienes hablamos arriba bajo el aspecto de la política. Señalados ambos por su valor, y levantados por sus virtudes á los más altos puestos de la República, hubieron menester de la oratoria para conservar su prestigio y reputación con el Pueblo Romano. Ambos brillaron pues en la tribuna durante aquella edad de turbulencias y civiles discordias, viéndose ambos obligados á tomar parte en las revueltas de César y Pompeyo. Honrado primero por este con los derechos de la ciudadanía (682 de Roma), peleó Lucio Cornelio, el tío, contra Sertorio hasta lograr su exterminio: halagado después por César, no solamente desempeñó en su ejército el cargo de Ingeniero general <sup>1</sup>, sino que vencidos ya los pompeyanos, gobernó á Roma durante la ausencia de tan afortunado guerrero. Y no alcanzó en el ánimo de César menor valimiento Balbo, el sobrino: enemigo incansable de los pompeyanos, hubo de prestar en aquellas tenaces guerras tales servicios que obtuvo en pago el pro-

«jes que trae de Cornelio Hispano, aunque muchos son excelentes» (*Hist. liter. de España*, t. V, pág. 444). Pero estos eruditos, intentando apurar demasiado, perdieron de vista la costumbre seguida de los romanos, á que hubo de amoldarse Cornelio, quien usó por antonomasia el nombre de *Hispano*, diferenciándose en esta manera de otros dos Cornelios que, como él, cultivaban el arte declamatoria. Igual duda se ha manifestado respecto de Turanio Grácula, á quien Alberto Fabricio dá el nombre de *Turannius Gracilis Hispanus* (*Biblioth. lat.*, t. I, pág. 499), siendo tenido por declamador y escritor geográfico. En este concepto le citó Plinio (*In praef.* lib. III, *Nat. Hist.*), y en el mismo le pone don Nicolás Antonio entre los escritores españoles (pág. 5 del tomo I de la *Biblioth. Vetus*). Pero no se conserva completa (que nosotros sepamos) ninguna de sus obras, debiendo notarse que no le cita M. Áneo Séneca entre los oradores de España.

<sup>1</sup> Magister fabrùm vel fabrorum.

consulado de África y más adelante el Pontificado Máximo, honra sólo concedida á eminentes varones.—Lucio Cornelio, el mayor, que adoptó el sobrenombre de *Theophanes*, estrechó amistad con los más insignes repúblicos de su tiempo, contándose entre ellos los oradores L. Crasso y Marco Tulio Ciceron, con quien sostuvo íntima correspondencia. Demás de los discursos por él pronunciados, se le señala como autor de una obra histórica que tenía por objeto el referir las hazañas de Julio César, con el título de *Ephemerides*: atribúyesele igualmente otro libro filosófico destinado á tratar de las *Lustraciones* ó ritos gentilicos. Pero ni una ni otra producción han llegado á nuestros días, y sólo conocemos de entrambos Balbos las cartas dirigidas á Ciceron por Lucio Cornelio el mayor, en el año 705 de Roma. Estas epístolas bastan no obstante para revelar el buen gusto de Lucio Cornelio, y su facilidad en el manejo de la lengua latina <sup>1</sup>. Lástima es que no poseamos otras obras de estos dos esclarecidos españoles, que tanto ilustraron las armas y la tribuna en los últimos días de la República.

Espectador también de su catástrofe fué el español Cayo Julio Hygino, liberto de Augusto y prefecto de la biblioteca palatina, donde, según afirma Suetonio Tranquilo, daba su enseñanza <sup>2</sup>. Discípulo predilecto de Cornelio Alejandrino, gramático griego que por su grande erudición había merecido el renombre de *Polihistor*, siguió con tanto provecho sus lecciones que logró heredar, con su ciencia, el honroso título que á Cornelio ennoblecía. Acaudado en Roma por Augusto y distinguido con la amistad de los más cultos ingenios, entre quienes amó tiernamente al poeta Publio Ovidio y al cónsul é historiador C. Licinio, no sólo alcanzó en aquel siglo (llamado con razón de oro para la literatura romana) ser estimado por su doctrina, sino que llegó á ser considerado como un oráculo en cuantos estudios se referían á las antigüedades.

<sup>1</sup> Tradujéronlas al castellano y publicáronlas con los originales los Padres Mohedanos en la página 240 y siguientes del tomo IV de su *Historia literaria*.

<sup>2</sup> *De Illustribus grammaticis*, n. XX.

Del mismo respeto participaron sin duda los eruditos de los siglos XVI y XVII, tanto nacionales como extranjeros; siendo las obras, que en aquella edad se atribuyeron á Cayo Julio Hygino, objeto de largas é intrincadas controversias. Repugnaba á unos críticos la poca pureza y elegancia de muchas frases y palabras empleadas por Hygino, á vuelta de otros giros y voces elegantes y castizas; todo lo cual desdecía grandemente de la cultura de la edad, en que habia florecido: afanábanse otros por demostrar que no eran semejantes faltas motivo bastante á rechazar, como apócrifas, las producciones que llevaban su nombre, debiendo culparse más bien á los copiantes de la edad media y aun á los primeros editores de la desigualdad de su estilo y de la impropiedad y desquiciamiento de muchas de sus frases <sup>1</sup>. Tomaron parte en esta contienda, ya en el pasado siglo, los autores de la *Historia literaria de España*; y haciendo gala de su erudición nada comun, procuraron con salvedades y reservas no comprometer de lleno su opinion, bien que inclinándose al cabo al parecer de los que no admitian, como obras de Hygino, las que ofendian la pureza clásica <sup>2</sup>.

Prescindiendo nosotros de estas disquisiciones en que han roto sin fruto las puntas de su ingenio tantos eruditos, nos limitaremos á mencionar aqui las obras por todos los críticos aceptadas, como producciones del español Cayo Julio. Divídense estas en históricas, filosóficas, científicas y literarias: á las históricas corresponden el libro *De vitá rebusque illustrium virorum*, el *De Urbibus*, en que trata muy especialmente de las ciudades de Italia,

<sup>1</sup> Entre los ilustradores del español Hygino merecen especial mención Juan Schefferro y Tomás Munerero, quienes procuraron fijar de un modo terminante la edad en que vivió y las obras que produjo, dando á conocer su estilo. Después de las tareas de estos doctos extranjeros no era ya posible dudar de que ni deben atribuirse á Hygino todos los defectos de lenguaje señalados por los demás retóricos, ni es tampoco responsable de las palabras bárbaras que se notan, pues que el primer editor Micilo usó de un códice deteriorado é incompleto, supliendo y enmendando lo que no entendió ó en el mismo códice faltaba. Esto con relacion al *Liber fabularum*, sobre que principalmente habian contendido los eruditos.

<sup>2</sup> Tomo V, trat. XIV, pág. 233 y siguientes.

y el de *Familiis trojanis*; producciones todas, donde pretendió hacer prueba de sus no vulgares estudios arqueológicos. Dos son las obras en que se mostró como filósofo: la primera encaminada á reconocer las cualidades de los dioses, con el título *De proprietatibus deorum*; la segunda á determinar esas mismas propiedades respecto de los penates, con el nombre *De penatibus*. Dado al estudio de las ciencias naturales, escribió un largo tratado *De Agriculturá*, aumentándolo con otros cuatro libros destinados á ilustrar importantes y análogas materias: trataba el primero de las abejas; el segundo de los cuadrúpedos; el tercero de las aves, y el cuarto finalmente de los insectos volátiles. De esta obra, que algunos han creído ser cinco distintas producciones, se valieron Plinio y el español Columela para escribir, el primero su *Naturalis Historia*, y el segundo su tratado *De Re rusticá*. Las literarias, debidas á la pluma de Hygino, son: el *Libro de las fábulas* <sup>1</sup>; los *Comentarios á Virgilio* <sup>2</sup>, y el *Propéptico de Cinna* <sup>3</sup>; escritos todos en que, segun advierte él mismo, tuvo presentes los más doctos autores. Manifestaba en el *Libro de las fábulas* (que estimuló sin duda á Ovidio para componer los *Metamorphoseos*) sus grandes conocimientos en la poesia y literatura griega, y revelaba en los comentarios la justa veneracion que le inspiraba el vate de Mántua, quien habria tal vez pasado ya de esta vida cuando rindió Hygino á su inmortal ingenio tan noble tributo.

Acaso pudiéramos decir de este español, á quien hace el docto Luis Vives natural de Valencia <sup>4</sup>, lo contrario de lo que es-

<sup>1</sup> Sobre el Libro de las fábulas (*Liber Fabularum*) debe consultarse lo que escriben los Mohedanos, pág. 155 y siguientes del tomo V de su *Historia literaria*, rectificando algunos errores de don Nicolás Antonio y de los que le han seguido. Sin embargo, no aceptamos la deducción final que hacen, negando que esta obra sea fruto del español Hygino.

<sup>2</sup> *Commentaria in Virgilium*: cítalos ya en la antigüedad Aulo Gelio, lib. I, cap. 21, y lib. XVI, cap. VI de sus *Noctes Atticae*, y menciónalos también Macrobio, lib. VI, cap. IX *De Nugis Curialium*.

<sup>3</sup> Προπετικόν *Cinnae*. Extráctalo Carisio en sus *Institutiones gramaticales*, pág. 4.

<sup>4</sup> C. Julius Hyginus conterraneus meus commentaria in eum [Virgilium] scripsit qui, fuit eius pene aequalis (*Pref. á las Geórgicas de Virgilio*, Basi-

cribía Marco Anneo Séneca del cordobés Sextilio Hena, asegurando que fué hombre más erudito que ingenioso; pues no otra cosa se deduce del exámen de las obras citadas, donde bajo el aspecto del estilo resaltan sin embargo los mismos defectos que caracterizan las producciones de aquellos nuestros primeros cultivadores de las letras latinas. Hygino, que tan merecida fama logró por sus casi universales conocimientos, y que tuvo por discípulos en la capital del mundo los más distinguidos jóvenes patricios, después de haber alcanzado tantas honras, murió en suma pobreza, libertándole de caer en completa indigencia la liberalidad del cónsul C. Licinio, quien le ministró el sustento necesario en los últimos días de su vida <sup>1</sup>.

Príncipe de los declamadores romanos llaman unos críticos á Marco Anneo Séneca: corruptor de la elocuencia y literatura latina le apellidan otros. Dos tomos emplearon los autores de la *Historia literaria de España* para vindicarlo de las acusaciones de escritores extranjeros, entre quienes se llegó sin fundamento alguno á poner en duda su existencia. Dióle en el mismo siglo lugar distinguido en su *Saggio Stórico* <sup>2</sup> el abate Lampillas; y habíale ya colmado de elogios en los anteriores el erudito Comendador griego y otros no menos ilustrados humanistas <sup>3</sup>: dis-

lea, 1535). Esta opinion de Vives siguió Ximeno en su *Biblioteca de los escritores del reino de Valencia* (tomo I, voz *Hygino*; Valencia, 1747).

<sup>1</sup> De notar es aquí, demás de lo que dejamos advertido sobre las ediciones de las obras de Hygino, que ninguno de los colectores modernos de los clásicos le ha comprendido entre los escritores de la buena latinidad, mientras lo han hecho con otros autores de época más cercana y de menos importancia, bajo muchos conceptos.—La razon que los ha movido ignoramos; pero tenemos por injusto un despojo tanto más notable cuanto que en algunas de las indicadas colecciones, tales como la de Tauchnitz, se incluyen escritores del siglo XVI que estan muy distantes, aun como hablistas, del español Cayo Julio Hygino.

<sup>2</sup> Tomo I, Disertacion II.<sup>a</sup>, § IV y siguiente.

<sup>3</sup> Entre otros varios apologistas de M. Anneo Séneca debemos citar con preferencia á los españoles Antonio de Cobarrubias, Pedro Chacon, don Antonio Agustin y el erudito don Juan Bautista Perez, bien reputados todos ellos en la república literaria. Notaremos sin embargo, que casi todos estos escritores le han considerado principalmente bajo el aspecto de la forma oratoria.

tinguióse entre todos el diligente don Nicolás Antonio, quien logró desvanecer no pocos errores de los eruditos, ya relativos á la vida, ya á las obras de Marco Anneo Séneca <sup>1</sup>. Grandes han sido pues las disputas, mezcladas de vituperios y alabanzas, á que han dado aquellas origen; pero ¿ha llegado la crítica á considerar cuestion tan importante para nuestra literatura, bajo su verdadero aspecto?... No iríamos por cierto fuera de camino, si asentáramos que se ha perdido lastimosamente de vista lo que Marco Anneo representa, respecto de la tribuna y literatura romana, bien que se hayan hecho acaso ligeras indicaciones sobre este punto. Para quilatar el mérito de tan respetable orador, necesario es que recordemos algunas circunstancias de su vida, transmitidas á la posteridad por su propia pluma.

Nació Marco Anneo Séneca en Córdoba por los años 695 de la fundacion de Roma: de familia ilustre, que se contaba en el orden de los caballeros, cuidaron sus padres de educarle esmeradamente, estimulados tambien por las esperanzas de su ingenio. Aplacado ya el furor de las guerras civiles, llevaronle á Roma, cuando apenas contaba diez y siete años: procuró allí perfeccionarse en el estudio de la elocuencia, y acompañado de su tierno amigo y compatriota, Porcio Latron, siguió las huellas de Marilio, á quien entrambos eclipsaron. Fueron los más celebrados oradores romanos objeto preferente de la juventud de Séneca: dotado de memoria tan prodigiosa que llegaba á repetir «dos mil nombres en el orden con que eran pronunciados,» y decia uno por uno los versos que recitaban los que asistian con él al aula de Marilio <sup>2</sup>, atesoró en su mente cuantas oraciones pudo oír de los más renombrados tribunos. Treinta y siete años permaneció en Roma entregado á estos estudios, restituyéndose en el de 748 á su patria, donde se desposó con Helvia, dama tambien de ilustre nacimiento é iniciada, como él, en el cultivo de la literatura. Fruto de este matrimonio fueron Anneo Novato, Lucio Anneo Séneca y Anneo Mela; y deseando Marco darles educacion tan cumplida como á su nacimiento convenia, llevólos á Roma con su esposa, no salidos toda-

<sup>1</sup> *Bibliotheca Vetus*, tomo I, cap. IV.

<sup>2</sup> *In prae-fatione Controversiarum*.

via de la infancia. Alcanzó allí de nuevo grande reputacion, enseñando el arte retórica y declamatoria; y cuando ya contaba 72 años de edad, cediendo á los ruegos de sus hijos, emprendió la tarea de recopilar los discursos y sentencias de los oradores, á quienes admiró en su juventud; discursos y sentencias confiados únicamente á su *casi milagrosa memoria*.

Este es, pues, el momento más solemne de la vida de Marco Ánneo: durante su juventud se habia empapado en el estudio práctico de los grandes oradores romanos, excepto Ciceron, cuyo inspirado acento no le habian dejado escuchar las discordias civiles <sup>1</sup>. Muerto aquel sublime ingenio, comparable sólo á la grandeza de la República romana, apagadas una á una las lumbreras del foro, apenas encontró Séneca, cuando volvió á Roma, vestigios de aquella elocuencia que habia competido en majestad con la del Ática. «Desde entonces (decia) todo ha decaido, ya por el desenfreno de los tiempos, pues no hay cosa que más amortigüe los ingenios que la lujuria; ya porque no premiándose el verdadero mérito, se ha pasado toda conferencia á tratar de cosas torpes, únicas que obtienen honra y ganancia; ya en fin por la desgracia comun de que en llegando las cosas al sumo grado, hayan de dar en el ínfimo con velocidad mayor que jamás subieron. Están por consecuencia entorpecidos los ingenios de los jóvenes, y por desidia no quieren emplearse en cosas honestas. El sueño y la pereza y (lo que es peor) las malas artes, han llegado á apoderarse de ellos: los obscenos estudios de cantar y bailar los tienen afeminados: consiste toda su gloria en llevar cortado el pelo, en tener la voz delicada como las mujeres, en competir con ellas en los afeites del cuerpo y acicalarse con los más inmundos ungüentos!... Tanta es la ignorancia (añadia) que con facilidad hacen creer ser suyo propio lo que trabajaron los hombres más discretos; y porque no son capaces de tener elocuencia, no cesan de profanar la más sagrada. Por todo esto haré yo lo que pedís y

<sup>1</sup> Omnes magni in eloquentia nominis, excepto Cicerone, videri audisse. Nec Ciceronem quidem actas mihi eripuerat, sed civilium bellorum furor, qui tunc totum orbem pervagabatur, intra coloniam meam continuit (In praefatione lib. I. *Controversiarum*).

«publicaré cuantos dichos yo conservo de los hombres más elegantes, para que ninguno en particular se los apropie; en que parece que haré mucho favor á sus legítimos autores, cuyo olvido está muy cercano... Y por tanto, para que no sean del todo desconocidos, ó para que de ellos no se tenga noticia errada, daré con suma fidelidad á cada uno lo que es suyo, pues juzgo que he oido á todos los oradores de grande crédito» <sup>1</sup>. Tal fué el noble propósito de Marco Ánneo.

Si, pues, ya por los años de 777 yacia hundida la elocuencia romana en vergonzosa postracion, ¿cómo se acusa á este español ilustre de haberla corrompido?... Si aspira por el contrario á recoger en fiel depósito cuanto en su juventud habia oido á los más distinguidos oradores, procurando así restaurar la tribuna, ¿por qué hacerle responsable de la aspereza de unos, de la pesadez de otros, del refinamiento ó afectacion de aquellos? Á la verdad, lejos de merecer vituperio, son dignos de toda alabanza los esfuerzos de Séneca: proponíase con el ejemplo de los grandes modelos, despertar en sus hijos el amor al arte, cuya ruina á la sazón se consumaba, y rescatando del olvido aquellas obras, que tanto aplauso habian conquistado á sus autores, transmitir las á la posteridad, como único tesoro de su juventud, descubierto en los últimos dias de su vida. Bajo uno y otro aspecto fué meritoria la obra de Marco: sin ella conoceríamos apenas los nombres de los ilustres cordobeses que llevamos citados, y hubieran acaso desaparecido en la catástrofe de la tribuna los de Fabiano, Fusco, Albucio, Musa, Sparso, Scauro, Labieno, Osco y tantos otros oradores como excitan hoy el celo de los eruditos y tienen lugar distinguido en la historia de las letras latinas, merced á la inteligencia y loable solitud de Séneca.

Las *Controversias* y *Suasorias*, de que han llegado á nuestras manos once libros no completos <sup>2</sup> son, pues, testimonio in-

<sup>1</sup> In praefatione I.<sup>a</sup> *Controversiarum*.

<sup>2</sup> Oportuno parece advertir que el desorden con que se han dado á luz estas obras, ha sido origen de que aparezcan más incompletas de lo que realmente han venido á nuestros dias. Las *Controversias*, que pertenecen á lo que Quintiliano llama género *judicial*, componen diez libros, con el número de setenta y cuatro: las *Suasorias*, que caen bajo la jurisdiccion del género *delibe-*

equivoco de lo que había sido y era, cuando Marco formaba aquella preciosa compilación, la elocuencia romana. En el espacio de sesenta y seis años la había visto descender desde su mayor en-cumbramiento á su más afrentosa decadencia; efecto sin duda del cambio que había experimentado la política, perdiendo al fin su influjo y omnimoda preponderancia la tribuna. La tarea de Séneca, al recoger aquellos inapreciables despojos, ilustrados en los siglos XVI y XVII con eruditos comentarios de muy aplaudidos humanistas<sup>1</sup>, era esencialmente crítica; punto de que debieron partir todos los juicios, ya de los que se han propuesto vindicarle de la nota de corruptor de la elocuencia y literatura latinas, ya de los que sin fijar la vista en el espíritu de los tiempos, le han pretendido abrumar con sus arbitrarias censuras. Mas sin duda no contemplaron ni unos ni otros que la misma variedad de estilo que caracteriza los fragmentos, dichos y sentencias de más de cien

*rativo*, sólo ascienden á siete. De notar es no obstante que los libros mejor conservados de las *Controversias* no pasan de cinco, habiéndose publicado repetidas veces con nombre de L. Áneo Séneca, lo cual ha producido muy groseros errores. Algunas de estas *Controversias* fueron traídas al castellano por el inmortal Quevedo, ingenio altamente apasionado de los Sénecas; mas siendo este uno de los MSS. que en sus persecuciones le *tomaron y ocultaron*, se ignora aun su paradero. (Tarsia, *Vida y obras póstumas de don Francisco de Quevedo*, pág. 49). Quevedo puso al final de la *Vida de Marco Bruto* las dos últimas *Suasorias*, que se refieren á Ciceron, suponiendo que reflexiona en la primera el gran orador romano sobre si ha de pedir perdon á M. Antonio, y que duda en la segunda si ha de quemar sus libros, prometiéndole Antonio la libertad, con tal que así lo hiciera. Ambas *Suasorias* ha reproducido con más esmero del que se puso en la impresión hecha en vida del mismo Quevedo, su renombrado colector nuestro singular amigo don Aureliano Fernandez-Guerra (*Obras de Quevedo*, t. I, págs. 164 y 166).

<sup>1</sup> Además de los escritores nacionales que arriba mencionamos, son dignos de citarse en este lugar los nombres de los extranjeros Nicolás Treveth, Marco Antonio Mureto, Nicolás Fabro, Justo Lipsio, Juan Grutero, Andrés Scoto, Juan Federico Gronovio, Rodolfo Agricola y otros no menos distinguidos ilustradores de las obras de Marco Áneo que han llegado hasta nosotros. El diligente don Josef Rodriguez de Castro dá en su *Biblioteca Española* razón de las más importantes ediciones que de las mismas se han hecho, tanto dentro como fuera de España (Tomo II, art. *M. Áneo Séneca*, pág. 21 y siguientes). Nosotros nos valemos de las ediciones elzevirianas (Leyden, 1649; Amsterdam, 1672).

oradores, comprendidos en las *Controversias* y *Suasorias*, lejos de ser una acusación, era una alabanza; pues que ni hubiera podido comprenderse sin tanta fidelidad el genio especial de cada uno de los referidos oradores, ni habría sido tampoco posible reconocer su estilo y lenguaje. Marco Áneo no inventa: sólo trasmite y juzga los monumentos de un arte, cuyo esplendor le admira y cuya decadencia le irrita y le desconsuela.—Cuando en los prefacios de las *Controversias* bosqueja la historia de la literatura romana, apreciando á los antiguos escritores de la república, entonces Séneca es ya responsable de su propio estilo, así como de las ideas en dichos prólogos expresadas; pero en este caso, si bien podrán tildarse cierta rigidez y dureza de su frase, necesario será tributar el debido elogio al sazonado gusto, erudición profunda<sup>1</sup> y seguro juicio que resaltan en aquellos escritos y forman (digámoslo así) la fisonomía literaria de tan celebrado retórico.

Marco Áneo Séneca ocupa por todas estas consideraciones señalado puesto en la historia de la literatura latina y en la de la civilización española. Dando un sólo paso en el exámen de la primera, contemplaremos los estragos de la decadencia de las letras romanas: al mover la planta en la investigación de la segunda, sorprenderemos al ingenio español áspero, inquieto y ya en su virilidad, rompiendo todas las tradiciones del arte homérico, y realizando en las letras el mismo trastorno que había experimentado ya la política y amenazaba al Olimpo de la gentilidad con la nueva luz que iba iluminando al mundo. Marco Áneo Séneca pasaba de esta vida el año 785 de Roma, 18 del advenimiento de Tiberio y 33 de la natividad de Cristo.

Por la breve reseña que acabamos de hacer, será fácil advertir cuál es el principal carácter de estos primeros escritores españoles: ya dejándose llevar de su altivez y nativa aspereza, teniendo en poco los primores de la prosodia latina y atropellando á veces las leyes gramaticales; ya procurando con excesiva solicitud seguir las huellas de los griegos y romanos más celebrados por su

<sup>1</sup> Sin duda el diligente cuanto docto C. Plinio Segundo, atendiendo á estas elevadas dotes de Marco Áneo, le apellidaba príncipe de la erudición: «A nnaeo Seneca príncipe eruditionis» (*Nat. Hist.*, lib. XIV, cap. V).

pulcritud y dulzura, en lo cual daban muestra de carecer de estas dotes naturales; ora enseñando en la capital del mundo y en el siglo de oro de su literatura las letras humanas; ora en fin aspirando á contener la ruina de la elocuencia, herida ya de muerte..., siempre encontramos en el ingenio español, cercano todavía á su cuna, cierta originalidad y ruda sencillez, cierta ostentacion de indomable independencía y cierta varonil energía, que están revelando de lleno aquel pueblo, para quien ninguna vida era loable sin las armas <sup>1</sup>, domeñado á sangre y fuego por la República en una guerra de doscientos años.

Los oradores y los retóricos españoles procuraban mostrar al mundo, al abrir Roma sus puertas á todas las gentes, que no eran dignos de la injusta opresion ejercida tanto tiempo sobre Iberia: los vates nacidos en Córdoba, abusando tal vez del brillo y fuerza de su imaginacion, se preparaban para imponer á la musa latina nuevas leyes, alcanzando sobre ella grandes y trascendentales triunfos. El mismo afan que mueve á unos y otros á entrar con irresistible ímpetu en el palenque de la inteligencia, muestra á los ojos de la critica que llevan todos sus esfuerzos el riesgo de apartarse de la derecha senda; resultado legítimo de la precocidad con que pasan al estado de la ilustracion más refinada desde el estado de la más dolorosa abyeccion é ignorancia. Pero esa precocidad, hija tambien de las influencias del suelo donde nacen, digna es de madura contemplacion y estudio en la historia del ingenio español, cuya índole importa mucho reconocer desde los primeros dias de su existencia, si han de seguirse sus pasos en las diferentes edades de su larga vida y en medio de las contradicciones y difíciles pruebas, á que plugo á la Providencia sujetarlo.

Ya lo hemos advertido: mientras la República deja caer sobre España su mano de hierro, no fué posible al ingenio español dar señales de vida en el cultivo de la literatura romana, hundido, como la patria, en misera servidumbre: cuando ya el Imperio comienza á levantar de su cerviz aquella feroz coyunda, brotan por todas partes los comprimidos gérmenes, y envia Iberia á la capital

<sup>1</sup> Tito Livio, lib. XXVIII *Historiarum ab urbe conditá*.

del mundo sus más claros hijos, así como le habia enviado antes sus más preciados tesoros. La Roma erudita, que tuvo en menos á los vates de Metelo Pio, vé acaso indiferente á estos peregrinos campeones de la nacionalidad poética y literaria de España, y los admite en su seno sin recelo alguno. No advertia que aquella fe-raz semilla estaba dispuesta á prender en todos los terrenos, y que una vez asidas sus raíces en el de la literatura greco-latina, falta ya de su antigua savia y hundida en tan prematura como dolorosa caducidad, corria esta el peligro de ser sofocada bajo la extraordinaria frondosidad de sus robustísimas ramas, en medio de las convulsiones de aquella sociedad en que habia hecho terrible presa la mortifera gangrena de los vicios.

Estudiemos pues estos importantes fenómenos en los capítulos siguientes.